

**STEVE
EARLE**

**NO SALDRÉ
VIVO DE ESTE
MUNDO**

23 Traducción de Javier Calvo

**CANES
VENATICI**

**G. BLUTHARDT & CO.
MAKERS**

**URSA
MINOR**

**THE
RIVER**

Doc Ebersole vive con el fantasma de Hank Williams. Literalmente. Y no solo porque fue uno de los últimos en verlo vivo, ni tampoco porque se rumorea que fue él quien dio a Hank Williams la dosis final de morfina que lo mató. En 1963, diez años después de la muerte de Hank, el propio Doc está destrozado por su adicción a la morfina. Ha perdido su licencia para practicar la medicina y su adicción no es tan fácil de financiar como antes. Por este motivo, vive en un apartamento de alquiler en un barrio marginal de San Antonio, en Tejas, practicando abortos y remendando heridas de cuchillo o de bala. Pero cuando Graciela, una joven inmigrante mexicana, aparece por el barrio buscando los servicios de Doc, empiezan a suceder cosas milagrosas. Graciela tiene una herida en la muñeca que no se cura jamás, pero en cambio puede curar a otros tan solo tocándolos con la mano. Toda la gente a quien conoce se transforma para mejor, excepto, quizás, el fantasma de Hank Williams; a él no le gusta nada que las cosas le vayan bien a Doc.

No saldré vivo de este mundo es una espléndida novela, una balada sobre el arrepentimiento y la redención, y sobre las maneras en que podemos reinventarnos a nosotros mismos y a nuestro mundo mediante algún pequeño milagro.

«Steve Earle dota a su prosa de la misma autenticidad, espíritu poético y energía cinematográfica que proyecta en su música», Patti Smith

A la memoria de mi padre, Jack Dublin Earle

1

Doc se despertó enfermo, con todas las células del cuerpo pidiéndole a gritos morfina, con un dolor terrible de cabeza y ardor en los ojos, la nariz y la garganta. La espalda y las piernas le dolían hasta el hueso mismo, y cada vez que intentaba incorporarse para sentarse se veía obligado a encogerse de inmediato, asaltado por los retortijones. A duras penas consiguió recorrer el pasillo hasta el retrete antes de que se le soltaran las tripas.

Igual que todos los días. Día sí y día también. Sin perdón y sin libertad condicional. Hasta que se pudiera meter un chute, la cosa no mejoraba. Doc sabía muy bien que los síntomas físicos de la abstinencia no eran nada comparados con los demonios interiores, con el miedo abrumador y la desesperación desoladora que le esperaban como no moviera el culo y saliera a la calle. Lo peor era aquel kilómetro de humillación y asfalto a medio derretir que lo separaba de su primer chute, donde hasta el último palmo del camino sería un recordatorio implacable de lo bajo que había llegado a caer durante los últimos diez años.

En los viejos tiempos, cuando todavía estaba en Bossier City, lo único que Doc tenía que hacer al levantarse era sentarse en la cama y sacar de ella las piernas masacradas a pinchazos para encontrarse su chute de buenos días allí mismo, en la mesilla de noche, cargado y listo.

Bueno, casi siempre. A veces se despertaba en mitad de la noche jurando que había alguien que lo llamaba por su nombre. Cuando llegaba la mañana, no estaba seguro de si lo había soñado hasta que buscaba a tientas la jeringa y se la encontraba vacía. Aun así, no tenía más que bajar las

escaleras hasta el botiquín de su despacho para conseguir lo que necesitaba: sulfato de morfina puro y estéril, repartido en dosis exactas y desplegado en una hilera tras otra de ampollitas de cristal. Y él era médico, al fin y al cabo, con lo cual siempre podía conseguir más.

«Pero eso era antes», pensó Doc con un suspiro. La triste realidad era que, últimamente, se veía obligado a trapihear como cualquier otro colgado de la calle, ofreciendo sus servicios a cambio de una heroína contaminada con quinina y con leche azucarada que era muy posible que hubiera cruzado la frontera dentro del culo de alguien.

San Antonio, Texas, estaba a menos de un día en coche de Nueva Orleans, pero Doc había llegado allí por la ruta larga y dura, sin dejar de resbalar y rodar cuesta abajo ni un palmo del camino. Las consecuencias de su falta de discreción y de sus excesos ya lo habían expulsado del lugar que le correspondía en la sociedad de Crescent City antes de cumplir los treinta años. A lo largo de una serie de desesperados intentos de escapar de un pasado no tan remoto, había completado en poco más de una década una gira por toda la costa del Golfo, incluyendo las partes más sórdidas de Mobile, Gulfport y Baton Rouge. Para cuando aterrizó en Bossier City, la hermana descarriada que tenía Shreveport al otro lado del río Rojo, le pareció que por fin había tocado fondo.

Pero se equivocaba.

La avenida de South Presa, al sur de San Antonio, era un mundo de sombras, incluso a plena luz del día. La gente limpia se pasaba el día yendo de un lado a otro en coche, sin fijarse para nada en la transacción que estaba teniendo lugar en un portal y sin preguntarse qué estarían haciendo aquellas chicas en la esquina. Para los ciudadanos honrados de San Antonio, los chulos y los camellos eran igual de invisibles que los polis de paisano que aparcaban en las calles laterales y los callejones y se dedicaban a contemplar todo

lo que iba sucediendo más o menos sin variaciones, día tras día.

Doc salió a la calle. La manzana y media que había entre la pensión Yellow Rose y el chute más cercano era una carrera de obstáculos, donde cada paso era atroz; entre la acera rota y los nervios a flor de piel no había más que la suela de cuero de zapato, fina como el papel. El sol parecía concentrarse en la única parte de su pescuezo que no estaba protegida por el ala estrecha de su sombrero panamá y avanzar a fuego por el cerebro hasta llegar al mismo paladar. Cada pocos pasos escupía, pero no conseguía expulsar el sabor a podredumbre mientras recorría el pasillo de yonquis y de chicas de la calle que o bien se habían levantado temprano o bien no se habían ido a dormir, y que estaban exactamente igual de enfermos que él.

En las calles circulaba el rumor de que Doc tenía un alijo de fármacos de calidad escondido en algún lugar de la ruinoso pensión. Los demás residentes habían puesto el sitio patas arriba varias veces, hasta el punto de levantar los tablones del suelo, pero no habían encontrado nada. Por supuesto, aquello no impedía que algunas de las chicas más crédulas intentaran camelárselo de vez en cuando para son-sacarle su paradero.

Doc no negaba aquellas historias con demasiado énfasis, sobre todo cuando se sentía solo.

Giró hacia la izquierda en dirección a la licorería y se metió por el aparcamiento de detrás, donde Big Manny el Camello estaba apoyado, igual que todas las mañanas, en el guardabarros de su coche, sirviendo a la clientela matinal.

—Manny, amigo mío, ¿me puedes adelantar algo hasta la hora del almuerzo? Solamente una punta para espabilar-me.

Big Manny era su apodo, pero, de hecho, «big» era una palabra que no alcanzaba a hacerle justicia a aquel mexicano de metro noventa y cinco y ciento cincuenta kilos.

«Gargantuesco» habría sido un término más preciso, de haber existido alguien en South Presa además de Doc que supiera qué significaba, pero todo el mundo llamaba Big Manny a Manny Castro. Doc se estremeció bajo la sombra inmensa del camello, pero Manny ya estaba negando con la cabeza antes de que Doc abriera la boca.

—No lo sé, Doc. Todavía no me has pagado lo de ayer ¡Me lleva la chingada! —exclamó en castellano—. ¡El puto Hugo! —Cogió una bolsa de papel que había debajo del parachoques y se la pasó de lado a un chaval larguirucho que estaba rondando por allí—. ¡Vámonos! —le dijo Manny por lo bajo, y el chaval salió pitando como un cohete por el aparcamiento, saltó la verja y se esfumó.

El fondón agente de paisano ni siquiera aminoró el paso, ni prestó apenas atención al prófugo, ni tampoco sacó ninguna orden o identificación mientras cruzaba el aparcamiento en línea más o menos recta hasta donde Manny, Doc y un puñado de ociosos ya estaban dándose la vuelta y poniendo las manos sobre el capó del coche del camello.

El detective Hugo Ackerman casi nunca se daba prisa, ni siquiera cuando estaba intentando atrapar a un delincuente en plena fuga. Llevaba más de una década trabajando en narcóticos, y la experiencia le decía que ni los yonquis ni los camellos iban nunca muy lejos. Al final siempre acababa pillándolos a todos.

—Eso mismo, señores, ya conocen ustedes el baile. Las manos abiertas, las piernas bien separadas. ¡Si alguien tiene una aguja o un cuchillo, más le vale decírmelo ahora!

Empezó por Manny, cacheándolo de cualquier manera, solamente hasta debajo de la rodilla, que era lo máximo que Hugo podía inclinarse hacia delante con comodidad. Su masa de ciento cincuenta kilos era la única autoridad necesaria para mantener quieto a un hombre tan corpulento como Manny, y eso le dejaba las gordezuelas manos libres de campar a sus anchas.

—¿Cómo va el trabajo, Manny? ¿Sabes que vengo del puesto de Junior Trevino? Me ha parecido que la cosa le iba muy bien.

—¡Junior! —dijo Manny con un resoplido de burla—. ¡Pendejo! ¡Esa mierda que vende no coloca ni a las moscas, de tanto que la corta! ¡El que le compra la merca a Junior es porque es un baboso o porque me debe dinero a mí! ¡Eh! ¿Has visto por ahí a Bobby Menchaca? Con ese maricón sí que quiero hablar yo. —Cuando Hugo metió su mano por dentro de los pantalones, Manny, se apartó de golpe.

—¡Chingada madre, Hugo! Cuidado con lo que tocas. La pistola la tengo en la guantera, si es lo que buscas, y tu sobre lo tienes donde siempre.

—¡Dirígete a mí como detective Ackerman, gilipollas! —Hugo continuó palpando, vació los bolsillos de Manny sobre la capota del Ford, dejó deliberadamente para el final el de dentro de la cazadora, y, por fin, se guardó el sobre que encontró allí.

—¿Es que no te has enterado? Bobby está en la cárcel del condado. Lleva ahí desde el sábado pasado. Se derrumbó el tejado de una tienda de recambios de coche que estaba a punto de robar en el East Side y se cayó dentro. Me imagino que las puertas debían de estar mejor que el tejado, porque todavía estaba mangoneando con el pestillo cuando llegó el coche patrulla. —Le dio una palmadita al sobre que se había metido en el bolsillo de la pechera de su cazadora.

—¿Está todo?

—Hasta el último puto centavo.

A continuación le tocó a Doc.

—¿Y tú qué, Doc? ¿Tienes algo para mí?

Doc sonrió a medias.

—De hecho, detective Ackerman, lamento que me coja usted en una situación financiera tan embarazosa. Normalmente no viene usted a verme hasta el domingo, así que

supuse que todavía tenía un par de días. La verdad es que estoy en la ruina. Joder, ni siquiera me he metido el chute de buenos días.

—No le miente, detective —intervino Manny—. Yo estaba a punto de mandar a este indigente a ver a Bobby.

—Tranquilo, tranquilo, Doc. Solamente te preguntaba para aprovechar que te tengo aquí, por decirlo así. Te veo el domingo, pero... ¡Joder, Manny! ¡Mira que eres cruel! ¡Yo pensaba que Doc tenía algo de crédito aquí! —Le dio una palmada a Doc en el trasero, luego giró sobre sus talones y se volvió paseando hacia la calle—. Muy bien, pues. —A medio camino se dio la vuelta—. ¿Ese era el chaval de los Reyes? —preguntó—. ¿El que se ha largado con el paquete?

Manny se encogió de hombros.

—Puede ser.

—Pues si yo fuera tú contaría dos veces la mercancía cuando vuelva. La última vez que lo trinqué se le veían pinchazos.

—Claro, claro —murmuró Manny, pero tomó nota mentalmente de mirarle los brazos al chico cuando volviera.

Él y los demás se volvieron a guardar sus cosas en los bolsillos, y en cuanto Hugo desapareció de su vista Manny se metió dos dedos en la boca y soltó un silbido lo bastante fuerte como para asegurarse de que el chico lo oyera.

—¡Pinche Hugo! ¡Cabrón! —gruñó Manny—. Me deja en paz porque puedo pagarle, pero luego se sienta en la acera de enfrente en un coche camuflado y pillá a la mitad de mis clientes cuando se están marchando. ¡Esa mierda te jode el negocio! —Escupió en el suelo y volvió a soltar «¡cabrón!» por si acaso.

—Sí —convino Doc—. Ese gordo hijo de puta también se me lleva un pellizco considerable todas las semanas, por no mencionar la penicilina que coge de fiado de vez en cuando. Aunque supongo que necesita guardar las aparien-

cias... Eh, hablando de fiar, Manny, sé que te debo pasta, pero...

En aquel momento el chaval apareció doblando la esquina, resoplando por la carrera, y le devolvió el paquete. Manny ni siquiera lo miró; agarró al chaval por la muñeca y le subió la manga, por encima del codo, para descubrir que Hugo no le había mentido.

—¡Maricón! —gruñó, golpeando al chaval de revés en toda la cara, con tanta ferocidad que le hizo brotar un chorro de sangre al instante, tanto de la nariz como de la boca, y salir disparado hacia atrás con una especie de extraña voltereta. El golpe lo mandó patinando sobre el trasero, pero todavía no había perdido el impulso de la caída cuando ya se había esfumado—. ¡No vuelvas, Ramón! —le gritó Manny—. ¡Voy a decírselo a tu madre! —Se volvió hacia Doc, negando con la cabeza—. Ya te lo he dicho, Doc, no puedo fiarles a todos los yonquis del South Side que están sin blanca...

—Oh, por el amor de Dios, Manny. Dime, ¿alguna vez te he dejado en la estacada? ¿Cuándo no te he pagado una deuda, a ti o a alguien que conozcas? No puedo trabajar en estas condiciones. Además, amigo, cuando el año pasado te saqué aquella bala del veintidós del culo no me preocupó el dinero, ¿verdad que no?

—Ah, con que esas tenemos, ¿eh, Doc? Pues muy bien. A ver qué tal te las apañas...

La bronca continuó hasta que el ritual se completó con un gruñido ininteligible y un apretón secreto de manos, y con Manny poniéndole el globito rojo en la palma de la mano a Doc. El camello había sabido desde el principio que se lo iba a dar. Tanto marear la perdiz no había sido más que teatro, una representación repetida hasta la saciedad para el solaz de todos los vagos que estuvieran lo bastante cerca como para oírla. Al fin y al cabo, los hombres de negocios tenían que pensar en su reputación.

Lo más duro de todo era el largo regreso por la manzana, desandando los mismos pasos pero con las piernas todavía más pesadas y temblorosas. Ya no se llevaba nunca el chute de buenos días de vuelta a la pensión metido en el bolsillo ni en la cinta del sombrero. Lo que hacía era guardárselo en su puño cerrado como si fuera una especie de criatura mágica con alas que se esfumaría si él la dejaba escaparse. Sentía el globo dentro de la palma sudorosa y a veces le parecía ya notar el sabor del jaco que llevaba dentro. Para cuando estaba de vuelta en su cuarto y lo preparaba, tenía que refrenar una oleada de náuseas, una respuesta pavloviana al olor del azufre y de la morfina calentada. Atar el torniquete, encontrar la vena, darle al émbolo...

Azúcar quemado al fondo de la lengua, cosquillas en el cuero cabelludo, los dolores se evaporan y no dejan más que un susurro:

—Eh, oye, Doc, la espalda me está dando una guerra que no veas...

—Ahora no, Hank —dijo Doc en voz alta, y solo le hizo falta oírse a sí mismo para regresar a la realidad y al asunto que tenía entre manos.

En fin. Solamente le hacía falta una punta que lo espabilara lo bastante para trabajar. El interior de la taberna estaba oscuro, aunque no fresco, y a aquella hora del día estaba tranquila porque los únicos que llegaban tan temprano eran los alcohólicos más empedernidos, que nunca malgastaban su dinero en la máquina de discos ni en la mesa de billar del fondo. Doc pidió una cerveza de barril y Teresa, la camarera, se la sirvió diligentemente y se la cobró, aunque los dos sabían perfectamente que era incapaz de bebérsela ni aunque fuera para ganar una apuesta, por lo menos hasta que tuviera un poco más de jaco en el cuerpo. Las monedas eran más bien en concepto de alquiler de la mesita del fondo de la taberna, donde todo el mundo de South

Presa sabía que se podía encontrar a Doc entre las once y las cinco.

Últimamente el trabajo escaseaba, hasta el punto de que algunos días Doc se había visto obligado a recurrir a los hurtos y a estafar con el cambio para mantener su hábito, dos actividades que él consideraba indignas de sí mismo y que nunca se le habían dado muy bien. A mediodía ya empezó a desanimarse bastante. En toda la mañana nadie le había echado ni un vistazo siquiera, y solamente era martes; la semana que le esperaba era como un túnel largo y oscuro. Por fin la puerta mosquitera se abrió con un chirrido, anunciando a un recién llegado, un desconocido, y las cosas empezaron a pintar mejor.

Un pachuco de aspecto pendenciero cruzó la sala repicando ruidosamente con las suelas, anunciando con las tapetas metálicas impecablemente lustradas de sus zapatos de color mandarina que en su barrio era un tipo importante y que en este no le tenía miedo a nadie. A unos cuantos pasos vacilantes de distancia lo seguía una chica de ojos tristes. El recién llegado pidió una botella de Falstaff, y cuando Teresa intentó coger el billete de un dólar que le acababa de dejar en la barra, él lo cubrió con una mano tatuada con una cruz y se inclinó hacia delante para decirle algo en voz baja al oído. Ella señaló con la cabeza en dirección a Doc y el joven volvió a cruzar ruidosamente la sala para plantarse amenazadoramente ante Doc, como una nubecilla negra rodeada de luz fluorescente. La chica se quedó esperando en la barra.

—La chica —dijo el muchacho, señalando hacia atrás con un movimiento de la cabeza— tiene problemas.

De cerca el chaval ya no parecía tan duro. Por mucha gomina que llevase en el pelo y por mucha actitud que mostrara, no conseguía disimular el hecho de que no era más que un niño: como mucho tendría diecinueve o veinte años.

—¿Tú eres el padre?

El chico se limitó a devolverle una mirada fría.

—Bueno, guaperas, en mi pueblo a las señoras que son de la familia no las dejamos tiradas en medio de la sala. — Doc le hizo un gesto a la chica—. Cariño, ¿por qué no te acercas hasta aquí y descansas un poco los pies?

Los fieros rasgos del chico se ensombrecieron al instante, pero no dijo nada, y la chica tampoco se movió.

—Muy bien, guaperas, es asunto tuyo. Pero si quieres que te ayude, tendré que hacerle algunas preguntas a tu chica, o a lo mejor tú me podrás decir lo que necesito saber. ¿Cuándo ha tenido la última menstruación?

Con aquello bastó. El chaval le hizo un gesto a la chica para que se acercara a la mesa. Doc le ofreció una silla y se puso a hablarle directamente en tono grave y tranquilizador, aunque sabía que ella no entendía ni una palabra. A continuación clavó la mirada en el chico, que escuchó a regañadientes las palabras obviamente aterradas de la chica y las tradujo a un inglés impaciente y condescendiente. Cuando a ella se le escapó de repente un lagrimón que le resbaló por la mejilla, Doc vio confirmadas sus sospechas de que su delicadeza de médico se estaba perdiendo en la traducción.

Doc se puso de pie, y el chico se encogió de golpe mientras él lo rodeaba con un brazo sorprendentemente fuerte y lo acompañaba hasta la puerta.

—Mira, guaperas. Lo primero es lo primero. Si cruzas la calle en esa dirección llegarás a una licorería. Da la vuelta hasta el aparcamiento de atrás y te verás inmediatamente rodeado de chacales, y te hablo de yonquis de la peor clase, hijo, que insistirán en intentar venderte narcóticos de pésima calidad a precios exorbitantes.

—¿Chiva? Yo esa mierda ni la toco, colega.

—Claro que no, hijo, claro que no. Salta a la vista que tú eres un pilar de la comunidad; el jaco es para mí. Escucha, tú pasa de largo de esos charlatanes hasta que llegues al fondo del aparcamiento, donde te encontrarás un Ford ne-

gro modelo 1950 ocupado por un caballero corpulento que responde al nombre de Manny. Tú le das veinte dólares y le dices que te manda Doc. Y lo que te dé él me lo traes directamente de vuelta aquí.

—¿Veinte pavos? Debes de estar loco, cabrón. Mi amigo me dijo que eras médico, no un pinche yonqui.

—Fui médico, hace tiempo, pero si todavía tuviera licencia para practicar la medicina no estaría sentado en este, ejem, establecimiento, manteniendo esta tediosa conversación. El servicio que tú y tu amiga requerís es completamente ilegal y muy caro. Estoy seguro de que tu amigo te habrá informado de cuál es mi tarifa.

—Me dijo ciento cincuenta. Y ya le pagué cincuenta a él por adelantado.

—Tu amigo es un joven muy emprendedor. El precio son cien dólares. Veinte en metálico al caballero de la acera de enfrente y el resto a mí antes de llevar a cabo la intervención. El asunto de la comisión de tu amigo vas a tener que resolverlo personalmente con él. Y ahora ve, hijo. Yo cuido a tu chica hasta que vuelvas.

Le hizo un gesto a la camarera para que se acercara.

—Teresa, ¿quieres echarme una mano, cariño? Mi castellano deja mucho que desear.

El chaval se quedó allí parado un momento, enfurecido, con la mano yéndosele a la pistola de calibre pequeño que tenía metida en la cintura de los pantalones, pero enseguida se lo pensó mejor. Estaba solo, lejos del West Side y sin nadie que lo respaldara, de manera que se resignó a su situación, dio la vuelta sobre sus talones y salió a hurtadillas por la puerta. Cuando el chaval regresó de su recado, Doc ya había averiguado gracias a la chica todo lo que necesitaba saber, pero otra vez empezaba a encontrarse mal, de manera que extendió la mano para coger el jaco y se excusó.

—Id a la pensión que hay ahí, en esta misma calle dentro de una hora, y traed el resto del dinero.

«¡Por fin marcha la cosa!» Doc se frotó las manos y ninguno de los clientes habituales levantó siquiera la vista de sus cervezas mientras él repasaba en voz baja la lista de lo que necesitaba para la intervención de camino a la puerta.

Hizo una parada en la licorería de la acera de enfrente para comprar un litro de aguardiente puro. La mayoría de clientes de la licorería se lo bebían, pero él solamente lo compraba por sus propiedades antisépticas; el dueño era un paciente ocasional suyo, de manera que Doc tenía crédito allí. Estaba razonablemente seguro de que todo lo demás que necesitaba lo tenía a mano en su habitación.

Doc no podía evitar sentir lástima por la chica. La gente que solía tratar era como él, parias de distintos tipos, marginados principalmente por sus propios actos y decisiones. Ciertamente, casi ninguno de ellos venía de un entorno tan privilegiado como Doc; pero él sabía que la pobreza no bastaba por sí sola para explicar la ausencia completa de compasión por el prójimo que se evidenciaba cualquier sábado por la noche en South Presa. Aquellos individuos mentían y hacían trampas y luego se delataban entre sí a la policía. Se dedicaban a repartir cuchilladas y tiros, a machacar a golpes las caras de sus vecinos hasta hacérselas papilla y a estrangular con las manos desnudas a sus compañeros de juergas, aunque Doc intentaba no juzgarlos. Al estar en la posición única de haber vivido a ambos lados de la barrera, sabía de primera mano que en realidad no había ni más ni menos honor entre patricios que entre ladrones.

Las clientas más habituales de Doc eran las putas. En la mayoría de los casos las trataba por infecciones de sus «partes lucrativas», que invariablemente remediaba con grandes dosis intramusculares de penicilina procedente del mercado negro. Desoyendo las objeciones desganadas de Doc, la mayoría de las chicas volvía al trabajo en menos de una semana, pese a lo cual él siempre les recitaba sus listas de recomendaciones y prohibiciones para la chica trabajadora, aunque solamente fuera para sentirse mejor.